

Historia | El aragonés José González Irigoyen falleció en 1896, después de 56 años de servicio y tras haber ejecutado a 192 reos, según recoge el historiador Salvador García Jiménez en un estudio sobre ejecutores célebres de España en los siglos XIX y XX

Al verdugo de Zaragoza le fallaban las piernas

A mediados de julio de 1896 la mayoría de los periódicos españoles publicó en portada una noticia breve: "En Zaragoza ha fallecido el ejecutor de sentencias de aquella Audiencia, José González Irigoyen, de ochenta y cuatro años de edad, casado y con dos hijos. Llevaba 'de servicio' cincuenta y seis años y había ejecutado 192 reos". El verdugo de Zaragoza fue muy famoso en la España de entresiglos, y competía con los de Barcelona y Madrid por ver quién era el mejor en su profesión. Se creía superior a ellos: "Los demás son camamilas" (flores de manzanilla), sentenciaba, y con eso quería despreciarlos por melindrosos. Pero la realidad era bien distinta. A finales del siglo XIX, el verdugo de Zaragoza era un anciano con algún que otro achaque, y las crónicas cuentan que incluso tenía muchos problemas para subir al patíbulo. Así, había días en que al reo le fallaban las piernas... y al verdugo también, aunque por distintos motivos. José González Irigoyen mataba mal, y si había algo imperdonable para sus compañeros de profesión era tardar más de lo necesario en mandar al otro mundo a un reo. En aquella España que se juntaba para ver una ejecución con el mismo entusiasmo con que se iba a los toros, los verdugos eran muy perfeccionistas: algunos hasta introducían mejoras en el garrote para intentar evitar que el reo muriera con la lengua fuera porque lo consideraban poco estético.

De González Irigoyen, y de muchos otros 'colegas' más, se habla en el libro 'No matarás. Célebres verdugos españoles', en el que Salvador García Jiménez recorre la apasionante, dolorosa y a ratos increíble biografía de los más famosos ejecutores de hace más de un siglo. Y el de Zaragoza ocupa un buen espacio en esta obra tan documentada como morbosa.

"Se ha escrito mucho sobre los verdugos en época de Franco -subraya García Jiménez-, pero yo he detenido mi trabajo en los años 20 porque he querido centrarme en los 'decanos' de la ejecución. Los



Obra y autor. Arriba, el escritor Salvador García Jiménez, autor del libro 'No matarás. Célebres verdugos españoles'. Junto a estas líneas, una imagen del garrote vil, sistema con el que se aplicó la pena capital en España de 1820 a 1978. HERALDO

verdugos de la época de Franco eran otra cosa, y ellos sí que están muy estudiados".

Partiendo de informaciones y reportajes que ha localizado en hemerotecas, y cruzando datos con documentos de archivos y audiencias, el investigador ha tejido un tapiz con el panorama de una profesión maldita e incomprendida.

"Todo el mundo les daba la espalda, y algunos incluso acababan cambiándose de nombre. Se dieron casos llamativos, como el de un verdugo que estaba comiendo en una fonda y fue reconocido. Al irse, arrojaron a la basura toda la vajilla que había utilizado -relata el autor-. Al verdugo de Barcelona le ocurrió también algo tremendo. Tenía una hija de 20 años cuyo novio estudiaba Medicina. Cuando este se enteró de la profesión de su futuro suegro abandonó a la chica y esta, desesperada, se suicidó. El verdugo, atravesado por el dolor, también intentó quitarse la vida, pero se lo impidieron y acabó continuando con su profesión".

¿Quiénes formaban parte de ese colectivo? "Había médicos, carpinteros, ayudantes de otros verdugos, antiguos soldados, abogados... En Barcelona, para cubrir una vacante, llegaron a presentarse doscientas instancias. Pero normalmente entraban por 'enchufe'. A veces, incluso, los padres enseñaban a sus hijos, como ocurrió con González Irigoyen, el verdugo de Zaragoza, que recordaba haber ayudado a su padre en algunas labores ya a los 9 años. Cada Audiencia Territorial tenía su verdugo, así que eran 12, más los de Cuba y Barcelona. Y entre ellos se repartían el territorio español: el de Barcelona, por ejemplo, también asistía a los reos de Palma; y el de Sevilla tenía que ir a Canarias. En ocasiones en las que se ejecutaba a cuatro o cinco reos simultáneamente, era frecuente que participaran verdugos de varias Audiencias". Cobraban poco pero tenían sueldo fijo y dietas. Odiaban los indultos porque, si llegaban en el último momento, tenían que regresar a casa sin cobrar 'el desplazamiento'.

Las ejecuciones solían tener un patrón fijo: generalmente, el preso se trasladaba en carro o mula al lugar donde había cometido el delito por el que se le condenaba. Se le encarcelaba durante 24 horas, a lo que se denominaba 'estar en celda' y, en ese tiempo, el verdugo debía estar lo más cerca posible de él, a menudo en una celda contigua. Tenía que ir a vestirle la ropa, una túnica negra, y pedirle perdón. Se le daba a elegir la última comida, y luego se iba en procesión hasta el patíbulo, con sacerdotes, cofradías encapuchadas... a veces hasta banda militar. "Gene-

ANÉCDOTARIO

GEOGRAFÍA DEL HORROR

Valencia. En 1896 el verdugo de Valencia pidió el indulto para una rea que tenía que ejecutar. Cánovas se enfadó y le destituyó.

Barcelona. Nicomedes Méndez era el 'decano': "Me hice verdugo... icomo podia haberme hecho tore-ro!", decía.

Zaragoza: su padre, natural de Grisén, se hizo verdugo por una apuesta. Compartieron profesión un primo suyo y dos hermanos, uno de los cuales murió de la impresión tras ejecutar a un reo. Pese a haber matado a casi 200 personas, no era un gran ejecutor. Se cuenta el caso de un reo que, desesperado, le gritó: "¡Miserable, acaba pronto!". A principios de 1893 ejecutó al soldado Chinchurreta, pero se olvidó de atarle las piernas y las convulsiones del reo hicieron que este se levantara prácticamente en el aire.

ralmente se ejecutaba a las siete u ocho de la mañana, con el primer canto de los pájaros. Si, una vez en el patíbulo, el preso pedía hablar, se le concedía esa gracia. Pero no era lo habitual, porque lo normal es que el preso llegara muerto de miedo. Se conoce el caso de una mujer a la que el pelo se le volvió blanco durante su última noche, y el de un reo que estaba tan inmovilizado por el terror que hubo que trasladarlo al patíbulo en la silla en que estaba sentado. Luego, y esto apenas se sabe, se dejaba el cadáver del reo en el patíbulo durante seis u ocho horas, hasta que el verdugo lo entregaba a una cofradía y lo llevaban a enterrar". También había quien intentaba beber sangre del ejecutado porque, se creía, aliviaba la tuberculosis.

"Es macabro, pero esto es lo que es la pena de muerte. Hay mucho de cartón piedra en lo que se ha contado acerca de las ejecuciones, mucha literatura y mucha mentira -concluye García Jiménez-. La realidad era más dura. Y no hay que buscarla en las obras literarias, sino en las crónicas periodísticas. Hay noticias escritas de tal manera que te parece escuchar el crujido de los huesos del cuello cuando el garrote entra en acción."

MARIANO GARCÍA

Asun Valet recrea la naturaleza en San Juan de la Peña

La pintora aragonesa exhibe en el monasterio oscense una serie de obras realizadas especialmente para este espacio

ZARAGOZA. 'Difíciles verdes. Asun Valet' es el título de la exposición que se inaugura hoy en el monasterio de San Juan de la Peña, y que muestra un total de 33 obras de la autora aragonesa, inéditas, y realizadas específicamente para este espacio a lo largo del último año y medio.

Las obras expuestas se han realizado utilizando acrílico, tintas o dibujo con punta de plata sobre lienzo. A través de ellas se pone de manifiesto la evolución plástica que ha alcanzado Asun Valet tanto en el dominio de diversas técnicas, como en el empleo de los múltiples juegos cromáticos que ocupan los lienzos y les confieren unidad.

"El espacio supuso un reto, pero Asun lo conocía a la perfección desde el principio. Las obras son todas de gran formato, algunas en una sola pieza, y otras formando diápticos y trípticos. La ar-



'Desde el gris', de Asun Valet.

tista ha jugado con formas orgánicas y motivos vegetales y florales en las obras", explica la comisaria de la muestra Dolores Durán.

La obra de la zaragozana Asun Valet está marcada por al abstracto, no obstante, "en esta ocasión creo que he alcanzado un equilibrio en este sentido, he jugado con líneas geométricas, pero también con motivos orgánicos. Para mí es un cambio", explica la pintora, quien reconoce que deseaba que esta muestra no supusiera una ruptura con su trabajo anterior.

"La de Asun Valet es una estética conciliadora", sostiene en el catálogo el crítico de arte Alejandro Ratia, quien también destaca la "mirada botánica a través del ornamento" de Asun Valet, quien practica "una abstracción contaminada con algunas connotaciones pop, aunque escondidas con inteligente sutileza".

Esta exposición, que será inaugurada hoy por el viceconsejero de Turismo del Gobierno de Aragón, Javier Callizo, está promovida por la Consejería de Industria, Comercio y Turismo del Gobierno de Aragón, y permanecerá abierta al público hasta finales de noviembre.

E.P.